





SANTANDER.—LUNES 17 DE OCTUBRE DE 1887.

Muchos hay que jurarían con verdad que nunca han viajado; y no la dicen, porque desde el momento en que nacen hasta el instante en que mueren no hacen más que viajar...

El mundo no para. Al decir de los poetas, navega por el piélago inmenso del vacío, pero más parece un tren arrastrado por la locomotora del tiempo...

La vía tiene cuatro estaciones, que se denominan invierno, primavera, verano y otoño. El tren del mundo la pasa sin detenerse un instante...

Las estaciones que recorre el expreso del mundo vertiginosamente no pasan inadvertidas por ninguno de los pasajeros. Aparte de que la variedad del paisaje es aviso notorio...

Al llegar á una de las estaciones, las voces que la anuncian gritan estridentemente: ¡Calientes!

No significa, por de contado, que entre el mundo en la zona del fuego ni que los viajeros estén abrasándose. En cambio, en verano se avisa la estación al grito de: ¡helados!

Los pasajeros de tercera clase, conociendo que nadie se cuida de ellos y que están mal acondicionados sus carruajes, beben alcohol alemán con el poco vano propósito de cojer una amilica...

tiva corporal de 40 grados se quejan de frío, será ya por gusto de quejarse, que estos pequeños nunca están satisfechos.

Los viajeros de segunda clase no tienen tanta abundancia de bienes, como los de primera, ni tanto exceso de males, cual los de tercera. Al preguntarles como están...

El paragnas particularmente es el utensilio que simboliza la medianía social, como la espada á la milicia y la corona á la nobleza...

¡Oh, si los chanclos no hubieran caído en desuso, con qué gusto los llevarían los señores de segunda clase para conservar el lustre del betún!

En los coches en que van no cierran bien los cristales de las ventanillas, ni hay caloríferos ni comodidades; no importa; llevan el respectivo número de orden y la cuestión es vivir decentemente...

Cada uno de las clases ocupa coches aislados, ó una misma casa dividida en pisos, los cuales contra más altos son indican que la clase es más baja...

Los señores de primera van sentados sobre terciopelo y viajan con dinero.

Los de segunda se sientan sobre guta-percha, y llevan una tortilla y una botella de vino decentemente guardadas en una curiosa cesta.

Todos los viajeros al verse no pueden verse. No es esto un juego de palabras. Los señores de primera llaman á los de tercera canallas, y á los de segunda, cursis.

En otro punto coinciden, y es en el desdén con que tratan á los individuos de la clase media.

Los nobles les llaman cursis, que es el colmo del ridículo. Los desheredados burgueses, que es el colmo de su desprecio.

Aunque el viaje sea penoso, malos los compañeros, y tan incierto su término que no se conoce hasta que la muerte recoge el billete de la vida...

Precisamente una de estas necesidades apremiantes nos la recuerda el estridente grito de ¡Calientes!

que oímos al pasar de la estación del calor á la del frío.

En realidad, es el anuncio de las castañas asadas, ó de las cocidas, peladitas y con anís, que venden las mujeres en las calles y plazas.

Cuando aquella voz se oye, el tiempo va de capa caída... sobre los hombros, y es tal la precisión de abrigo que los barcos buscan la capa y hasta el cielo se encapota...

Es un tiempo de tristeza. Cuando llega se disfrazan las montañas de fantasmas con sudarios blancos, los ríos se trasforman en rocas al detener el hielo su curso...

El frío es el hermano de la muerte. Ella mata y él hiela. Por eso, en estos momentos de transición es muy oportuno el grito de ¡Calientes!

Que oímos al dar vuelta á una esquina, á modo de prudentísima advertencia.

¡Buena es el consejo, bueno! El que no le sigue se expone á morir de una pulmonía, y después dirán propios y extraños que la ha cogido.

Buen provecho les haga y con los gusanos se entiendan. Pero esto debe ser una bromita de mal género del invierno, parecida á las que da voceando que andemos calientes...

A los demás les ofrece castañas, pero como están frías, es darles una castaña con la castaña, que no es en balde la fruta que se ofrece á los viajeros en la estación...

En la estación de invierno se da la castaña á los pobres.

Quizá no sea la intención tan maligna como se cree. De lo contrario, hay que suponer que se complace en que la criada le salga respondona...

De todos modos, andando el globo terraqueo siempre, día habrá en que lleguemos á una buena estación, y entonces todo el mundo tendrá calor, excepto los que se inclinan al frío...

Los cementerios son las regiones de los hielos perpetuos de la humanidad.

Es inútil que á sus puertas se pregonen las castañas al grito de: ¡Calientes!

F. NEAPOLIS. Santander 9 de Octubre de 1887.

CAVILACIONES.

LOS DESPEJADOS.

Cuando oigo decir de un muchacho que es despejado, siempre se me ocurre contestar lo mismo:

—Hombre, vea usted qué desdicha...! Y ¿qué han dicho? ¿Qué no tendrá remedio?

Como si me dijeran que era cojo ó que tenía un ojo en la frente.

Porque con aquel nombre suele designarse entre las gentes al que ocupa el penúltimo grado (hacia arriba) de la escala con que se mide á los hombres según su intelecto...

Ser despejado podrá ser no tener nubes ni sombras en el cerebro; pero de esto á llevar en él un sol radiante hay una buena distancia.

Entre un día despejado y un día magnífico hay cierta diferencia: la misma que existe entre ser despejado y ser un talento.

Ser despejado, en suma, no es más que no ser tonto.

De donde resulta que aquella respuesta que yo nunca doy, pero que siempre se me ocurre dar, está tan en su sitio como puede estarlo en el suyo la mejor estocada de Lagartijo.

Porque para no ser más que no tonto, vale más ser al rape, ser de esos de quienes se dice que tienen cabeza como se dice de los clavos ó de los ajos, por llamar de alguna manera al extremo más gordo.

Porque ese otro infeliz, el casi-listo, entrará en el camino de la vida, y llegará á esa parte de él donde uno se queda solo, como el viajero ilustre en la última estación de la provincia que ha visitado...

Gustará de la fama y la gloria, y no del trabajo incesante que piden á quien las codicia; desdeñará á los condiscípulos holgazanes, y se aburrirá con los aplicados; huirá la tertulia vulgar y enervante del café...

Su inteligencia alcanzará el saber cuando se ponga á ello; pero es el caso que no tiene aquella tal fuerza que baste por sí sola á mover el individuo, como basta el vapor á arrastrar el tren...

Y así irá el despejado flotando un día y otro sobre el mar de su indecisión, de una á otra parte, según el viento que sople, pidiendo en vano alas para subir y que no le mojen las aguas, ó peso bastante para bajar hasta donde ya no vea aquellos cielos que le den envidia.

Su trato con los demás hombres será un perpetuo martirio.

Para poder tolerar sin sacrificio á la gente, á esa gran masa de gente llamada vulgo, forzoso es ser ó muy tonto ó muy listo.

Son los únicos que transigen con todos los demás.

El tonto no les nota los defectos; el sabio se los perdona.

He escrito aquí sabio en vez de listo por evitar tanta repetición de esta palabra, y ahora veo que no está mal; pues si en la Gramática el listo y el sabio no están juntos, en el mundo suelen estarlo...

Decía que para los dos primeros es el tratar con gentes, que no para el último.

Lleva este en sí la luz suficiente para ver la necesidad de los necios, la vanidad de los presumidos, la venalidad de los malos; pero no lleva ni un rayo más.

Con algo más que valiera ó supiera, estaba al pelo, como suele decirse; porque ya el sabio se basta á sí mismo, y como para nada necesita de los demás, maldito lo que debe costarle perdonarlos.

¿Qué me importaría á mí que el sastre vendiera malos géneros si yo pudiera hilarlo en mi casa?

¿Qué le importa al sabio que en esto de cosas del alma corra por ahí tanta moneda falsa, si él ni compra ni vende, ni cambia nunca un billete?

¡Pero al pobre despejado, que no vive sino del cambio!

Sin bálsamo á mano con que curarse las heridas y con sensibilidad sobrada para que todo roce sea ocasión de ellas, el casi-listo vive en un puro ¡ay!, en un perpetuo escorzo, y su irritabilidad alcanza el mismo grado que la de la piel de los individuos afectados de hiperestesia...

¿Y cuando el despejado llega á punto de enamorarse?

¡Oh! esto puede ser una desdicha muy seria, un verdadero horror.

Para nada quizás como para esta parte de la labor de la vida hace falta ser ó todo ó nada, ó el de Coria ó Cardona. Los dos hacen

fortuna con las mujeres: si no es con esta, con la otra.

A los tontos los dominan; de los listos se enamoran. Y ambas cosas son modos de correspondencia.

Acaso lo que del hombre interesa más á la mujer es la dirección que lleva. Estúdiandola las egoistas y las altivas para ver el modo mejor de modificarla á su antojo; las fieles y buenas para seguirla sin desviarse.

Y el casi-listo no lleva dirección ninguna, es una carta detenida en el gran correo del mundo, que no se sabe para quién es ni adonde va.

Parece á veces que anda, pero es que gira sobre sí mismo á impulso de uno de aquellos roces de que hablábamos.

Unido con lazos de hierro á su mayor enemigo, que es su modo de ser, Judío Errante del mundo imaginativo, que no puede detenerse ni parar en ninguna parte, mártir sin fruto ni gloria ¿qué viene á hacer al mundo el despejado?

Y sin embargo, es indudable que á nada inútil consiente vida la Providencia.

¡Quién sabe! Acaso, puestos como están en perpetua ocasión de mortificación y sacrificio, son los casi-listos una excelente madera para hacer hombres buenos, para hacer humildes y resignados, cosa que no suelen ser ni los sabios ni los tontos.

Por sobra de orgullo los unos, y los otros por falta de buen gusto.

CASA-AJENA.

VICISITUDES DE UN RELOJ.

XV.

Delante de la cabaña de Latkin, había una plazuela rodeada por un seto bastante des poblado y en la que crecían solamente zarzas y hortigas. Pasé por una abertura del seto, pues no había puerta, reja ni portilla de ninguna clase...

A su lado, jugando con un mimbre, estaba su hermana muda, y delante de la puerta, con la espalda vuelta hacia mí, ¡vestido de andrajos, con un pantalón muy corto y llevando en los pies unas botas de fieltro que corrían parejas con el resto del traje...

Al oír mis pasos, dió un salto y se dirigió á mí, y comenzó á hablar con volubilidad extremada y de una manera tartajosa.

Su cara rubicunda y arrugada; su boca sin dientes; sus ojillos redondos sin brillo; sus cabellos grises en desorden; lo escéntrico de sus gestos y su lenguaje ininteligible me llenaban de espanto.

Al llegar á mí, me saludó, repitiendo muchas veces: ¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Buenos días!

En este momento asomó su cabeza por la puerta una mujer anciana.

—No os sorprendáis de lo que véis, caballero, me dijo. Se dice que se ahogó un hombre; y ella que le ha visto caer al agua, llegó tan conmovida, se asustó tanto, que ahí la tenía desde entonces sentada en el umbral sin moverse y sin hablar una palabra.

—Sin responder palabra, me dirijí á Raissa; y parándome delante de ella.

—Raissoshka, la dije, ¿qué teneis? No hizo el menor movimiento.

Se hubiera dicho que no me había oído. Su cara no había palidecido, pero parecía petrificada.

Le cojí la mano, y sacudiéndola como si intentara despertarla, le dije:

—David vive, David vive; vive, ¿lo entendéis? Le han sacado del agua; está en nuestra casa y me ha encargado venir á veros y deciros que él vendrá mañana.

Levantó la cabeza, fijó en mí una mirada espantada; pero su cabeza volvió á caer pesadamente sobre el hombro.

Un momento después, volvió el carmín á colorear sus labios, que se entreabieron en un movimiento convulsivo: se dilató su pecho lentamente, se contrajeron sus facciones, y lanzó un agudo grito.

—¡Da...a...vive...! exclamó.

Y haciendo un enérgico esfuerzo, se puso en pié y bajó la escalera.

—¿A dónde váis? le pregunté. Pero ya había atravesado el seto; y aunque tropezando en todas partes, y riendo de una manera nerviosa, continuaba su carrera.

Yo la seguí sin cuidarme de los gritos de Lutkin. Raissa dirigía sus pasos hacia la casa de mi padre.

(Se continuará.)

